

Mi abuela fumaba puros

de Sabine Ulibarrí

Parte I

Vocabulario:

Majadero = tonto, estúpido

Hacer constar = afirmar

Tararear = canturrear

Pendenciero = que riñe o pelea

Preguntas de análisis: Conteste usando sus propias palabras.

¿Qué solía hacer el abuelo cuando volvía de Tierra Amarilla?

Explique los otros “lados” del abuelo.

¿Qué entiende Ud. de la muerte del abuelo?

¿Conoció el narrador a su abuelo? Explique.



Según entiendo, mi abuelo era un tipazo. Se cuentan muchas cosas de él. Algunas respetables, otras no tanto. Una de las últimas va como sigue. Que volviendo de Tierra Amarilla a Las Nutrias, después de copas y cartas, ya en su coche ligero con sus caballos bien trotadores, ya en su caballo criollo, solía quitarse el sombrero, colgarlo en un poste, sacar la pistola y dirigirse al tioso caballero de su invención.

—Dime, ¿Quién es el más rico de todas estas tierras?

Silencio.

—Pues toma.

Disparo. Saltaban astillas del poste o aparecía un agujero en el sombrero.

—¿Quién es el más hombre de por acá?

Silencio.

—Pues, toma.

Otra vez lo mismo. Era buen tirador. Más preguntas de la misma índole, acentuadas con balazos. Cuando el majadero madero entraba en razón y le daba las contestaciones que mi abuelo quería oír, terminaba el ritual y seguía su camino, cantando o tarareando una canción sentimental de la época. Allá en el pueblo se oía el tiroteo sin que nadie se preocupara. No faltaba quien dijera con una sonrisa, “Allá está don Prudencio haciendo sus cosas.”

Claro que mi abuelo tenía otros lados (el plural es intencionado) que no interesan en este relato. Fue ente cívico, social, y político, y padre de familias (el plural tiene segunda intención). Lo que ahora me importa es hacer constar que mi pariente fue un tipazo: pendenciero, atrevido y travieso.

Murió de una manera misteriosa, o quizás vergonzosa. Nunca he podido sacar en limpio qué tranvía tomó para el otro mundo mi distinguido antecedente. Acáso ese caballero de palo con el sombrero calado, de las afrentas del hidalgo de Las Nutrias, le dió un palo mortal. Hidalgo era—y padre de más de cuatro.

Yo no lo conocí. Cuando me presenté en ese mundo con mis credenciales de Turriaga, ya él había entregado los suyos. Me figuro que allá donde esté estará haciéndoles violento y apasionado amor a las mujeres salvadas—o perdidas, según el caso. Esto es si mi abuela no ha logrado encontrarlo por esos mundos del trasmundo.

Mi abuela fumaba puros

de Sabine Ulibarrí

Parte II

Vocabulario:

Condado = división de un estado

Recio = fuerte, intenso

Gratos = agradables

Holanes (holán) = tipo de tela fina

Peripecias = situaciones difíciles

Despilfarrar = gastar

Aletear = ondear, agitarse

Preguntas de análisis: Conteste usando sus propias palabras.

Describe la relación entre los abuelos del narrador.

Haga una lista de palabras que describen a la abuela.

¿Cómo piensa Ud. que era la relación entre el narrador y su abuela? ¿Por qué?

No creo que él y mi abuela tuvieran un matrimonio idílico en el sentido de las novelas sentimentales donde todo es dulzura, suavidad y ternura. Esos son lujos, acaso decadencias, que no pertenecían a ese mundo violento, frecuentemente hostil, del condado de Río Arriba a fines del siglo pasado. Además las re-cias personalidades de ambos lo habrían impedido. Sí creo que fueron muy felices. Su amor fue una pasión que no tuvo tiempo de convertirse en costumbre o en simple amistad. Se amaron con mutuo respeto y miedo, entre admiración y rabias, entre ternura y bravura. Ambos eran hijos de su tierra y su tiempo. Había tanto que hacer. Labrar una vida de una frontera inhospitalaria. Criar unos cachorros rebeldes y feroces. Su vida fue una cariñosa y apasionada guerra sentimental.

Todo esto lo digo como preámbulo para entrar en materia: mi abuela. Son tantos y tan gratos los recuerdos que guardo de ella. Pero el primero de todos es un retrato que tengo colgado en sitio de honor en la sala principal de mi memoria.

Tenía sus momentos en que acariciaba su soledad. Se apartaba de todos y todos sabían que valía más apartarse de ella.

Siempre la ví vestida de negro. Blusa de encajes y holanes en el frente. Falda hasta los tobillos. Todo de seda. Delantal de algodón. Zapatos altos. El cabello apartado en el centro y peinado para atrás, liso y apretado, con un chongo (moño) redondo y duro atrás. Nunca la ví con el cabello suelto.

Era fuerte. Fuerte como ella sola. A través de los años en tantas peripecias, grandes y pequeñas tragedias, accidentes y problemas, nunca la ví torcerse o doblarse. Era seria y formal fundamentalmente. De modo que una sonrisa, un cumplido o una caricia de ella eran monedas de oro que se apreciaban y se guardaban de recuerdo para siempre. Monedas que ella no despilfarraba.

El rancho era negocio grande. La familia era grande y problemática. Ella regía su imperio con mano firme y segura. Nunca hubo duda adonde iban sus asuntos ni quién llevaba las riendas.

Ese primer recuerdo: el retrato. La veo en este momento en el alto de la loma como si estuviera ante mis ojos. Silueta negra sobre fondo azul. Recta, alta y esbelta. El viento de la loma pegándole la ropa al cuerpo delante, perfilando sus formas, una por una. La falda y el chal aleteando agitados detrás. Los ojos puestos no sé donde. Los pensamientos fijos en no sé qué. Estatua animada. Alma petrificada.

Mi abuela fumaba puros

de Sabine Ulibarrí

Parte III

Vocabulario:

Galardón = recompensa

Categoría = clase, estatus

Forjarse = crearse

Preguntas de análisis: Conteste usando sus propias palabras.

¿Qué importancia tenía el puro? Explique.

¿Qué hizo la abuela después de la muerte de su esposo?

¿Cómo cambió la importancia del puro?

¿Qué hizo la abuela sola en su cuarto?

¿Cómo había cambiado la abuela al salir de su cuarto?

¿Cuáles eran las consecuencias o los resultados de lo que pasaba en el cuarto?

Mi abuelo fumaba puros. El puro era el símbolo y la divisa del señor feudal, del patrón. Cuando alguna vez le regalaba un puro al mayordomo o a alguno de los peones por impulso o como galardón por algo bien hecho, era de ver la transfiguración de los tíos. Chupar ese tabaco era beber de las fuentes de la autoridad. El puro daba categoría.

Dicen que cuando el abuelo murió la abuela encendía puros y los ponía en los ceniceros por toda la casa. El aroma del tabaco llenaba la casa. Esto le daba a la viuda la ilusión de que su marido todavía andaba por la casa. Un sentimentalismo y romanticismo difíciles de imaginar antes.

Al pasar el tiempo, y después de tanto encender puros, parece que al fin le entró el gusto. Mi abuela empezó a fumar puros. Al anochecer, todos los días, después de la comida, cuando los quehaceres del día habían terminado, se encerraba en su cuarto, se sentaba en su mecedora y encendía su puro.

Allí pasaba su largo rato. Los demás permanecíamos en la sala haciendo vida de familia como si nada. Nadie se atrevió nunca a interrumpir su arbitraria y sagrada soledad. Nadie nunca hizo alusión a su extraordinaria costumbre.

El puro que antes había sido símbolo de autoridad ahora se había convertido en instrumento afectivo. Estoy convencido que en la soledad y el silencio, con el olor y el sabor del tabaco, allí en el humo, mi abuela establecía alguna mística comunicación con mi abuelo. Creo que allí, a solas, se consiguió el matrimonio idílico, lleno de ternura, suavidad y dulzura, que no fue posible mientras él vivía. Sólo bastaba verle la cara enternecida y transfigurada a la abuela cuando volvía a nosotros de esa extraña comunión, ver el cariño y mimo con que nos trataba a nosotros los niños.

Allí mismo, y en las mismas condiciones, se hicieron las decisiones, se tomaron las determinaciones, que rigieron el negocio, que dirigieron a la familia. Allí, al sol o a la sombra de un viejo amor, ahora un eterno amor, se forjó la fuerza espiritual que mantuvo a mi abuela recta, alta y esbelta, una animada mujer de piedra, frente a los vientos y tormentas de su vida cabal y densa.

Mi abuela fumaba puros
de Sabine Ulibarri

Parte IV

Vocabulario:

Nutria = mamífero; calor pardo rojizo; vive a orillas de los ríos y arroyos

Chamizal = casita de leño quemado

Tecolote = búho

Apartarse = separarse

Atascarse = poner impedimento, estorbarse

Trineo = vehículo provisto de patines para desplazarse sobre la nieve o el hielo

Arrastrar = llevar algo o a alguien por el suelo tirando de él

Preguntas de análisis: Conteste usando sus propias palabras.

¿Por qué se mudó la familia a Tierra Amarilla?

¿Cómo le afectó la mudanza al narrador?

¿Qué pasó el día que la familia regresó a ver a la abuela?

Cuando mis padres se casaron construyeron su casa al lado de la vieja casona solariega. Yo crecí en la ventosa loma en el centro del valle de Las Nutrias, con los pinos en todos los horizontes, el arroyo lleno de nutrias, boquinetes y truchas, el chamizal lleno de conejos y coyotes, ganado en todas partes, ardillas y tecolotes en las caballerizas.

Crecí al lado y a la distancia de mi abuela, entre tierno amor y reverente temor.

Cuando yo tenía ocho años se decidió en la familia que nos mudaríamos a Tierra Amarilla para que yo y mis hermanitos asistiéramos a la escuela. Todavía me arden los surcos que me dejaron las lágrimas en la cara y todavía recuerdo su sabor salado el día que abandonamos a mi abuela recta, alta y esbelta, agitando su pañuelo, con el viento en la frente en la loma en el fondo del valle.

En Tierra Amarilla yo fui un antisocial. Habiendo crecido solo, yo no sabía jugar con otros niños. Jugaba con mis perros. A pesar de esto me fue bien en la escuela y un día llegué a los quince años, más o menos adaptado a mis circunstancias.

Un día de invierno nos preparamos todos para ir a Las Nutrias. Todos con mucha ilusión. Ir a visitar a la abuela siempre era un acontecimiento. La familia iría conmigo en el automóvil. Mi padre seguiría con los trineos y los peones. Se trataba de ir a cortar postes.

Todo el camino cantamos. Es decir, hasta que llegamos a donde se aparta el camino. Había mucha nieve. La carretera estaba barrida pero el caminito a Las Nutrias no.

Le puse cadenas al coche y nos lanzamos a ese mar blanco. Ahora callados y aprehensivos. Pronto nos atascamos. Después de mucha pala y mucho empujar seguimos, sólo para volvernos a atascar más allá, una y otra vez.

Estábamos todos vencidos y congelados y el día se nos iba. Por fin subimos la ladera y salimos del pinar de donde se divisaba la casa de mi abuela. Nos volvimos a atascar. Esta vez no hubo manera de sacar el coche. Mi madre y los niños siguieron a pie, abriéndose camino por dos pies y medio de nieve blanda. Mi hermano Roberto iba tirando un pequeño trineo con mi hermanita Carmen. Ya estaba oscureciendo. Un viaje de nueve millas nos había tomado casi todo el día.

Pronto vino Juan Maes, el mayordomo, con un tiro de caballos y me llevó arrastrando hasta la casa.

Mi abuela fumaba puros

de Sabine Ulibarri

Parte V

Vocabulario:

Desaforadamente = sin control

Intersticio = intervalo

Arrullo = cantarcillo para adormecer a los niños

El análisis:

Explique en sus propias palabras lo que ocurrió en esta parte del cuento.

¿Cómo manipuló la abuela la situación?

me había sacado ropa seca para que me pusiera, cuando vimos las luces de un coche en el pinar. Lo vimos acercarse lentamente, vacilando a ratos. Era más fácil ahora, ya el camino estaba abierto.

Era mi tío Juan Antonio. Al momento que entró todos supimos que traía muy malas noticias. Hubo un silencio espantoso. Nadie dijo nada. Todos mudos y tiesos como muñecos de madera en una escena grotesca.

Mi madre rompió el silencio con un desgarrador "¡Alejandro!"

Mi tío asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó?— Era mi abuela.

—Alejandro. Un accidente.

—¿Qué pasó?

—Un disparo accidental. Estaba limpiando el rifle. Se le fue un tiro.

—¿Cómo está?

—Está mal, pero saldrá bien.

Todos supimos que mentía, que mi padre estaba muerto. En la cara se le veía. Mi madre lloraba desaforadamente, en punto de ponerse histérica. Nosotros la abrazábamos, todos llorando. Mi tío con el sombrero en la mano sin saber qué hacer. Había venido otro hombre con él. Nadie le había hecho caso.

Entonces entró mi abuela en acción. Ni una sola lágrima. La voz firme. Los ojos espadas que echaban rayos. Tomó control total de la situación.

Entró en una santa ira contra mi padre. Le llamó ingrato, sinvergüenza, indino (indigno), mal agradecido. Un torrente inacabable de insultos. Una furia soberbia. Entretanto tomó a mi madre en sus brazos y la mecía y la acariciaba como a un bebé. Mi madre se entregó y poco a poco se fue apaciguando. También nosotros. La abuela que siempre habló poco, esa noche no dejó de hablar.

Yo no comprendí entonces. Sentí un fuerte resentimiento. Quise defender a mi padre. No lo hice porque a mi abuela no la contradecía nadie. Mucho menos yo. Es que ella comprendió muchas cosas.

La situación de mi madre rayaba en la locura. Había que hacer algo. La abuela creó una situación dramática tan violenta que nos obligó a todos, a mi madre especialmente, a fijarnos en ella y distraernos de la otra situación hasta poder acostumbrarnos poco a poco a la tragedia. No dejó de hablar para no dejar un solo intersticio por donde podría meterse la desesperación. Hablando, hablando, entre arrullos e injurias consiguió que mi madre, en su estado vulnerable, se quedara dormida a las altas horas de la madrugada. Como tantas veces, la abuela había dominado la realidad difícil en que vivió.

Comprendió otra cosa. Que a mi padre no se le iban disparos accidentales. Las dificultades para enterrarlo en sagrado confirmaron el instinto infalible de la dama y dueña de Las Nutrias. Todo afirmó el talento y vivencias de la madre del Clan Turriaga.

Mi abuela fumaba puros

de Sabine Ulibarrí

Parte VI

Vocabulario:

Ultrajado = dificultoso

Embargar = absorber, llenar totalmente

Zanja = surco hecho por un arroyo

Llegar a matabalho = llegar muy rápido

Desván = parte más alta de una casa, inmediata al tejado

Lupa = lente de aumento con mango

Preguntas de análisis: Conteste usando sus propias palabras.

¿Qué había pasado ya cuando el narrador llegó a la casa de su abuela?

Compare la reacción a la situación del narrador con la de la abuela.

¿Por qué piensa Ud. que el narrador vio a su abuela “más pequeña” esa noche?

¿Cómo recupera la abuela su fuerza?

Pasaron algunos años. Ya yo era profesor. Un día volvimos a visitar a la abuela. Veníamos muy contentos. Ya lo he dicho, visitarla era un acontecimiento. Las cosas habían cambiado mucho. Con la muerte de mi padre la abuela se deshizo de todo el ganado. Con el ganado se fueron los peones. Sólo la acompañaban y la cuidaban Rubel y su familia.

Cuando nos apartamos de la carretera y tomamos el poco usado y muy ultrajado camino lleno de las acostumbradas zanjas la antigua ilusión nos embargaba. De pronto vimos una columna de humo negro que se alzaba más allá de la loma. Mi hermana gritó:

— ¡La casa de mi granma!

— No seas tonta. Estarán quemando hierbas, o chamizas o basura.

Eso dije pero me quedó el recelo. Pisé el acelerador fuerte.

Cuando salimos del pinar vimos que sólo quedaban los escombros de la casa de la abuela. Llegué a matabalho. La encontramos rodeada de las pocas cosas que se pudieron salvar. Rodeada también de todos los vecinos de los ranchos de toda la región que acudieron cuando vieron el humo.

No sé qué esperaba, pero no me sorprendió hallarla dirigiendo todas las actividades, dando órdenes. Nada de lágrimas, nada de quejumbres, nada de lamentos.

— Dios da y Dios quita, mi hijito. Bendito sea su dulce nombre.

Yo sí me lamenté. Las arañas de cristal, deshechas. Los magníficos juegos de mesas y aguamaniles con sobres de mármol, los platones y jarrones que había en cada dormitorio, destruidos. Los muebles, traídos desde Kansas, hechos carbón. Las colchas de encaje, de crochet, bordadas. Los retratos, las fotos, los recuerdos de la familia.

Ironía de ironías. Había un frasco de agua bendita en la ventana del desván. Los rayos del sol, penetrando a través del agua, lo convirtieron en una lupa, se concentró el calor y el fuego en un solo punto e incendiaron los papeles viejos que había allí. Y se quemaron todos los santos, las reliquias y relicarios, el altar al Santo Niño de Atocha, las ramas del Domingo de Ramos. Toda la protección celestial se quemó.

Esa noche nos recogimos en la casa que antes había sido nuestra. Me pareció mi abuela más pequeña, un poco apagada, hasta un poco dócil, “Lo que tú quieras, mi hijito.” Esto me entristeció.

Después de la cena mi abuela desapareció. La busqué aprehensivo. La encontré donde bien me habría sospechado. En la punta de la loma. Perfilada por la luna. El viento en la frente. La falda agitándose en el viento. La ví crecer. Y fue como antes era: recta, alta y esbelta.

Ví encenderse la brasa de su puro. Estaba con mi abuelo, el travieso, atrevido y pendenciero. Allí se harían las decisiones, se tomarían las determinaciones. Estaba recobrando sus fuerzas espirituales. Mañana sería otro día pero mi abuela seguiría siendo la misma. Y me alegré.